

CIENCIAS.
ARTES.
HISTORIA.
LITERATURA.
CRÍTICA.
VARIEDADES.

Literatura Hispano-Americana

SUPLEMENTO ILUSTRADO

Regalo a los abonados de la Revista ESPAÑA Y AMÉRICA

CÁDIZ, DICIEMBRE 1913

AÑO I NÚM. 6

Colaboradores Españoles y Americanos

Aguilar Tejera (A.)
Arciniegas (Ismael E.)
Arévalo (Antonio).
Belmonte Muller (G.)
Colombine.
Cordero (Juan L.)
Díaz de Escovar (N.)
Estrada (Norberto).
Fernández Lasso (M.)
Fernández del Villar (J.)
Gómez Carrillo (E.)
Gómez Jaime (A.)
González Anaya (S.)
González Olmedilla (J.)
Hoyo (Antonio de)
Huertos (Luis G.)
Jara Carrillo (P.)
Jiménez (Juan R.)
Lasso de la Vega (R.)
León (Ricardo).

Monterrey (Manuel).
Ortega Morejón (José).
Pelayo (Miguel).
Pérez Fernández (L.)
Prada (Gloria de la).
Pichardo (Manuel).
Recio Díaz (José).
Restrepo Gómez (F.)
Rodao (José).
Rodríguez Embil (L.)
Riño de la Iglesia (P.)
Rueda (Salvador).
Sánchez Rodríguez (José).
Sandoval (Manuel de).
S. Román (Miguel de).
Santacruz (Pascual).
Ugarte (Manuel).
Vázquez de Aldana (E.)
Vázquez de Sola (A.)
Zamacois (E.).

LOS GANCHOS ⁽¹⁾

Aquel furor de desconfianza o precaución que mantenía en los regimientos casi la mitad de los oficiales sin dormir, iba ya en descenso.

A la compañía de retén, el oficial de vigilancia, los de semana y un jefe, que se pasaban la noche haciendo cuartos en las compañías o jugándose los al tresillo, dominó, tute o mus ilustrado, sucedió paulatinamente una prudencial rebaja, y poco a poco se llegó a que pernoctaran en los cuarteles no más que los semaneros que iban a dormir y el capitán y oficial de la guardia, que, como es de rigor y de ordenanza, veían.

Pero los generales de día, que lo mismo o mejor hubieran podido llamarse de noche, persistieron en su molesto servicio, y visitaban todos los cuarteles uno a uno, sin que nunca, ni por asomo, encontrasen la más leve falta, ni el más ligero descuido que reprender, y eso que el mal humor de la trasnochada les hacía bastante exigentes.

El secreto para que lo encontraran todo bien, era sencillísimo: al despedir al general en la puerta, después de su visita, no tenía el oficial de guardia sino fijarse en la dirección que el ayudante de campo decía al cochero, y en seguida, acudiendo al teléfono particular que todos los cuartos de banderas y estandartes poseían, se pedía comunicación con el cuartel a que el coche del general se encamina; tres palabras cabalísticas eran suficientes: *Ahí va la liebre*.

A este conjuro, los oficiales receptores del aviso se calaban sus guantes, se bajaban los barboquejos; el cuarto vigilante suspendía el vaivén de sus cabezas; la guardia se ponía de punta; los imaginarios arropaban a los destapados y repetían *in mente* la relación del utensilio y el *estadillo* de los que duermen; los faroleros dejaban el lecho para atizar la torcida de las lámparas belgas, y hasta los garbanzos de la olla rompían a cocer por espíritu de cuerpo. Todo lo encontraba el general admirable. En se-

guida, a otro cuartel, y el teléfono volvía a repetir: *Ahí va la liebre*.

Las señoritas de Teléfonos estaban en el secreto, y transmitían con una rapidez extraordinaria.

Una de aquellas noches, en cierto batallón de Cazadores, hacían servicio un capitán recién llegado de Filipinas, donde luenagos y para él venturosos años había desempeñado un gobierno político-militar, y un teniente que acababa de dejar el Ministerio de la Guerra, merced a los forceps de una Real orden a rajatabla. Ambos estaban un poco *borrados* de las prácticas soldadescas, y esperaban con cierta emocioncilla y temor la visita del general de día. Llegó el aviso telefónico, se dispuso todo según costumbre, y poco después, el rodar de un carruaje en el silencio de la calle y el vigoroso «¡Alto! ¿Quién vive?» del centinela de la puerta les hizo comprender que el momento había llegado.

Recibió el capitán al general con la sa-

PERIODISTAS AMERICANOS



DON ANTONIO BACHINI

Director del *Diario del Plata* de Montevideo

cramental *No hay novedad*, y entraron juntos en el cuarto de banderas.

Estaban los generales tan aburridos y tan hartos de aquel oficio de serenos, que ya sólo se limitaban a hacer acto de presencia, sin inspeccionar nada. Una pregunta cualquiera insignificante, un *Buenas noches*, aunque cayeran chuzos de punta, y se iban a terminar su enojosa ronda.

Encaróse el general con los dos oficiales de servicio, y les preguntó:

—¿Han puesto los ganchos?

Miráronse ambos oficiales, y no supieron qué contestar. ¿Qué ganchos serían los que sin duda la Superioridad había mandado poner?

El capitán se resolvió al fin a decir:

—Mi general, este es el primer servicio que hacemos los dos en este batallón, y no puedo contestar a vuecencia, porque no sé si los han puesto o no.

—Bueno—repuso el general—; yo vuelvo de aquí a algunos minutos. Sépalo usted entonces.

En cuanto partió el coche, el cuartel se puso en conmoción, ni los de semana, ni el sargento brigada, ni nadie sabía nada de aquellos ganchos, y el general iba a volver, pues se hallaba en un cuartel vecino, y el capitán no podría darle cuenta de los dichos ganchos.

Se tomó una resolución heroica: acudir al teniente coronel, que vivía, como todos los primeros jefes del Cuerpo, en el pabellón del cuartel. Salió el jefe a su despacho a medio vestir, y el atribulado capitán le hizo la historia de los ganchos. Tampoco el jefe sabía una palabra. ¿Pero qué ganchos eran aquellos? No había otro remedio sino vestirse y esperar él mismo al general.

En cuanto el teniente coronel vió al general y lo conoció, echó al capitán una mirada que se lo hubiera comido con ella. Allí mismo, en la puerta, y volviéndose a su excelencia, antes de que se apeara del coche, le dijo:

—Sí, señor, mi general: están puestos desde la hora reglamentaria. El capitán no había entendido a usted la pregunta.

Y cuando el coche comenzó a rodar calle abajo:

—¡Pero, hombre de Dios!—gritó el teniente coronel al capitán—, me ha hecho usted levantar con esta nochecita. ¿No sabe usted que el general arrastra la erre? Lo que le preguntaba a usted es si se habían puesto los ranchos.

El jefe se volvió a la cama, echando por la boca sapos y culebras; el capitán, a su mecedora, a pensar en aquel apacible gobierno de Filipinas, y el teniente, a recordar su época del Ministerio, donde no se arrastran las erres, ni se lleva una vida tan arrastrada.

Luis Bermúdez de Castro.

COMO TE HIZO DIOS

(SONETO)

Tomó Dios dos magníficos fulgores del sol deslumbrador, y ya con ellos hizo la luz para tus ojos bellos que ciegan con sus vivos resplandores.

Luego tomó más rayos brilladores y formó tus auríferos cabellos, y vió que le había dado más destellos que al Cielo azul y que a las gayas flores.

Luego fuese a un jardín. E hizo tu frente —más tersa que el espejo de la fuente— de olorosos jazmines argentados.

De azucenas tus dientes peregrinos... ¡Y tus labios de mieles, purpurinos, de dos rojos claveles incendiados!

Zahorí.

(1) Del regocijado libro «Historietas militares», que acaba de publicar el Sr. Bermúdez de Castro.

HECHOS Y OCURRENCIAS

Desde que los periódicos han dado en sacar a pública luz los retratos de todos los tontos, la celebridad se ha hecho plebeya.

Un amigo mío que se las dá de crítico y de hombre superior, lleva veinte años buscando defectos a las obras ajenas. Entretenido en tan minúscula labor, no ha tenido tiempo de hacer su propia obra. En cambio, sus destemplados ataques a los libros de los otros, han motivado que el público, lleno de curiosidad, los compre y lea, haciendo así famosos a autores que sin esta circunstancia nunca lo hubieran sido.

Los críticos mordaces y apasionados realizan el milagro de resucitar a los muertos.

La mejor y más rápida manera de hundir a los necios es investirlos con cargos, propios de los discretos, para que pateticen solemnemente su necesidad.

Gracias a este procedimiento, políticos ilustres se han desembarazado de algunos ambiciosos mediocres que trataban de hacerles sombra.

Los hicieron ministros, que fué tanto como ponerlos «oficialmente» en ridículo.

Contra lo que piensan los más, la mujer es la que tiene derecho a elegir esposo.

El hombre busca las más de las veces compañera por egoísmo, por hallar en la asociación un arma más eficaz para la lucha.

La mujer representa algo más que la cooperación para la vida: la vida misma: el interés supremo de la especie.

Lógico es, por tanto, que elija entre todos el mamífero más bímmano, el mejor padre para sus hijos.

Una amiga mía, mujer de gran belleza y de brillante posición económica, se enamoró perdidamente de uno de esos rimadores vacíos que construyen sonetos y romances, con la misma ausencia de ideas y emociones e idéntica perfección formal con que un hábil lapidario labraría una piedra preciosa.

El rimador se aprovechó sagazmente de la impresión que sus versos habían inspirado a la bellísima dama y la fomentó con arte de histrión consumado, presentándose a sus ojos con apariencias de soñador y romántico empedernido.

La dama cayó en el lazo y contrajo matrimonio con el rimador; dándole con su mano su alma y su fortuna.

Bien pronto comprendió su gran error y la farsa que aquel miserable había representado para sugestionarla, apoderándose de su espléndido dote.

La hazaña merecía ejemplar castigo y lo obtuvo. Cierta día en que el poeta había ganado un premio consistente en una corona de laurel por no sé qué composición, se presentó ufano a su esposa y enseñándole el trofeo exclamó:

—¡Esta es mi primer corona y la pongo a tus pies! Ignoro si será la última.

—No tengas miedo, dijo ella con indefinible expresión, obtendrás muchas más.

Y no se equivocó, pues su esposo, desde entonces, gana sin esfuerzo bastantes coronas anuales.

Un amigo me pidió una peseta: no recuerdo si para comer o beber, aunque tal vez para lo último.

No pude prestárselo, por la sencilla razón de no tenerla.

Mi amigo rió conmigo y se dedica a calumniarme.

Esto prueba que si por una peseta perdí su afecto, podré cualquier día recobrarlo por otra peseta.

Amigos son estos de que está el mundo lleno y se venden o compran por lo que valen.

El mayor honor a que pueden aspirar un satírico y un moralista, es a ser odiados por los perversos y calificados de locos por los imbéciles.

Los mentecatos suelen llamar despectivamente «filosofía» a todo lo que no entienden.

De ahí que para ellos un filósofo sea un hombre raro que se dedica a fabricar el «caos» y a sembrar la obscuridad por los cerebros.

Pero es lo cierto que el «caos» y la obscuridad no están en la pluma de Abelardo ni de Kant, sino en el meollo vacío de los que dicen, como los doctores de Cervera a Fernando VII:

¡Lejos, señor, de nosotros la funesta manía de pensar!

Estos mismos caballeros que no entienden a Kant, son inteligentísimos, distinguiendo una estocada entera, de una media estocada (que no es poco distinguir).

Hay algo más irritante que una mujer chismosa: ¡un hombre chismoso! Y bien mirado, tal vez el último sea «andrógino».

El sexo, más que en el cuerpo, está en el alma, y hay varones con aspecto de mozos de cuerda, que tienen cerebro de mujeres.

Pascual Santacruz.

POETAS FRANCESES

LAZARO

LEÓN DIERX.

A la voz de Jesús despierta Lázaró,
de un salto se incorpora en las tinieblas;
tropezando en las rotas ligaduras
de su mortaja, del panteón se aleja.

Y solitario vaga por las calles
como buscando a alguno que no encuentra:
con las miserables cosas de la vida
a cada paso a su pesar tropieza.

Bajo su frente pálida de muerto
sus ojos resplandores no destellan;
sus pupilas parece que no pueden
lo de fuera mirar, porque recuerdan
la inextinguible luz del Paraíso
en lo más hondo de su ser impresa.

Y marcha vacilante como un niño,
lúgubre como un loco. A su presencia
la multitud se aparta silenciosa.
El, al acaso y sin alientos yerra
como el hombre que busca un aire puro
que renueve la sangre de sus venas.

En un sueño indecible sumergido,
sin comprender las luchas de la tierra,
le espanta su fatídico secreto:
el terrible secreto de la huesa.

A veces tembloroso se detiene,
cual si quisiera hablar alza la diestra,
mas la palabra ignota de la víspera
cierra sus labios y su boca cierra,
como un dedo invisible colocado
sobre esos labios que el misterio sella.

Aquel triste hombre, silencioso y grave,
infunde miedo a todo el que lo encuentra;
ante el vago terror de aquellos ojos
del más valiente el corazón se hiela.

¡Quién podrá describir tu sobrehumano
hondo suplicio, aparición siniestra
que redivivo vuelves y que arrastras
como duro cilicio, por doquiera,
adherida la fúnebre mortaja!

que de tus hombros desprendida cuelga!

Resucitado pálido, comido
por los viles gusanos! a las penas
vuelves del mundo. Tu estupor intenso
que conoces, bien claro lo demuestra
la al ávido Universo, prohibida
misteriosa y obscura, ignota ciencia.

Apenas a la luz hubo devuelto
la noche, ¡oh, soñador!, su extraña presa
volvisteis a la noche, triste espectro,
ajenas para todos tus tristezas,
porque de esa existencia absorta y muda
un recuerdo no más, dejas sin huellas.

¿Para alcanzar el cielo era preciso
dos veces el abrazo de la tierra?
Y cuántas ¡ay! a la hora en que la sombra
lejos del ruido los espacios llena
sobre el fondo dorado de los cielos
entrambos brazos al Eterno elevas
y llamas por su nombre al retrasado
arcángel de la muerte que no llega!
Cuántas veces te vieron triste y solo
del cementerio errar por las afueras,
envidiando a esos muertos que descansan
para siempre en sus túmulos de piedra.

Iaac ARIAS.

El reporter más popular en España

“EL DUENDE”

Hoy voy a narraros la vida de un personaje extraño, heteróclito. De un hombre verdaderamente atrabiliario. Pudo ser aventurero. Pudo ser abogado eminentísimo. Pudo ser actor de fuste.

Todo esto pudo ser, más optó por algo más: quiso adquirir renombre de periodista. ¿Lo ha conseguido? A mi juicio, sí. Al “Duende de la Colegiata” lo conoce toda España. En Madrid no encontrareis arriba de una docena de personas que os hablen bien de él. Y no obstante, cuando había artículos suyos en “El Herald”, todos buscaban con interés el periódico.

“¡El mundo es así!” que diría mi amigo Baroja.

Oíd el alborear de esta vida.

LA LOCA JUVENTUD.

Gustaba de la ingeniería y cursó Derecho. Cuando estudiara Metafísica empleó su tiempo con la lectura de artículos sicalípticos. El juego era un imán en su vida de colegial levantisco. Su genitor—militar ilustradísimo—le reprendía severamente. Vano empeño. Una mañana en la “chirlata” mas cercana a la Universidad perdió varias pesetas. Para rescatarlas empeñó el gaban flamante que lucía. Y el importe fué perdido también. Entonces hubo de abrigar una idea vitanda. La de escaparse. De ese modo sus padres mal le podrían reprender. Marchó a su casa y se apoderó de varios trajes que se pignoraron más tarde. Con el importe—unos 15 duros—fué a Hendaya dentro de un humildísimo vagón de 3.^a

“Padres, perdonadme. Marcho mundo adelante para expiar mis faltas” escribió.

En el tren trabó amistad con otro viajero. Era un hombre maduro que, simpatizando con el jovenzuelo, le invitaba para descender en Valladolid. Allí comió Abelardo Fernandez Arias (que tal es el nombre de mi reportado) un bistek y un panecillo. Al otro día,

sin un céntimo, pero con una vieja capa hurtada a cierto condiscípulo, nuestro héroe sentó sus reales en Bayona. ¡Ah, la clásica capa! Ella dijo a los franceses la nacionalidad de quien la llevaba. Pasó la noche como pudo, durmiendo bajo un cobertizo. Al amanecer—antes quizá—encontraba amo. Era un vendedor de loterías españolas, consideradas contrabando en Francia. Ambuló Abelardo con los billetes por fondas y cafés. Comía en un mesón de soldados. Iban transcurrido ocho días cuando lo “capturó” el padre (entonces diputado) y le llevó a Madrid cabizcaído y contrito.

El libro de un joven aventurero tenía escrita la primera página

AÑOS DESPUÉS.

Vuelto a la Corte, estudió por libre. Más tarde el padre obligó a sentar plaza de soldado. Sirvió en el regimiento de Farnesio y fué ascendido a cabo. El trato con los otros “milicos”, gente tosca hasta dejarlo de sobra, le repugnó. Viéndole en vías de corregirse, su genitor le sacaba de filas. A los 18 años era abogado. Pero hasta los 21 resultábase vedado ejercer. Escribió en “La Correspondencia Militar”, el periódico de su padre. Luego fué a Suiza y Alemania, para cursar Electricidad. En este tiempo aprendió mucho. En conocimiento de la agresión de que fuera víctima el autor de sus días, tornó a España, haciéndose cargo de la dirección del periódico. Fué redactor del “Grafico”, de “La Correspondencia”, de “El Herald”. Preparóse para la carrera diplomática. Sacó plaza de vicecónsul en Manila. Estuvo de Cónsul en Japón y China. A los ocho meses tornaba a Europa, por Siberia. Dió la vuelta a África, deteniéndose en el Egipto.

Cansado de rodar caía en Madrid después, desafiando al heridor de su padre, militar de nota también, hiriéndolo en la lengua. Fué a México, en ocasión de las fiestas del Centenario, acompañado del general Polavieja delegado regio. Por su cuenta y riesgo salía para Cuba y Norte América. Explotador de minas de oro, en Nevada, iba camino de convertirse en Creso. Azares de la suerte echaron todo por tierra y presentó quiebra por 64.000 dólares.

—¡Potentado o mendigo, no otra fué mi ambición siempre!—me dice “El Duende”.

Pobre otra vez, comenzó a ejercer la abogacía en México. Y, en posesión de una cantidad discreta, hizo empresario del teatro Colón. Allí estrenó su primera obra “Lo más hermoso”, que pasara casi inadvertida el año anterior en Montevideo. Sobrevino la revolución y se arruinó nuevamente.

Balaguer daba más tarde la obra de Adelardo Fernández Arias, haciendo el rol de protagonista, en gracia al honesto actor, el propio dramaturgo. La ovación no es para descrita. Alentado por ella, entró “El Duende” en la compañía, escribiendo “El Amor de la casa”. Siempre con la “troupe”, como

galan joven de la misma, vino a España. La familia se escandalizó.

Y fué de este modo como, tras seis años de ausencia, “El Duende” se encontró en su patria sin ser absolutamente nada.

Entonces recordó sus aficiones periodísticas. Y se propuso ofrecer una nota nueva en el ambiente español. ¿Cual? El reportaje movido, ligero, sensacional. Esos reportajes se imitaron servilmente fuera de España. Adaptándose a mi carácter y al medio ambiente del Uruguay, también los hube de hacer yo. Cuando se lo digo, Fernández Arias me contestó:

—¡Me parece muy bien!

LO DE SIEMPRE.

Yo no hube de escribir a humo de pajas todo lo precedente.

Lo he referido para que se viera al hombre, a un periodista que ha tenido épocas de febril actividad, apelando a los pies y al cerebro para cimentar la fama de su pseudónimo.

La vida actual exige eso del periodista. El reporter ha de ser sagaz, osado y ligero como un galgo.

Gracias a estas condiciones, “El Duende de la Colegiata” ha logrado sobresalir. Nada pasó inadvertido para su olfato de condimentador de platos succulentos. Tuvo triunfos y desazones. Algunas de éstas pudieron salirle caras.

Pero... ¿qué automóvil ráudo, decidme, no tuvo su accidente? En cambio, las carretas de bueyes murieron sin que supiese el que las guiaba del encanto de haber chocado contra otro vehículo más débil o potente una sola vez.

La popularidad de “El Duende” acabó por irritar a otros colegas, cuyos esfuerzos por ser conocidos resultaban vanos. Y esos despechados tegieron toda una leyenda en torno al pintoresco personaje, que no tiene más defecto, a mi juicio, que vestir, por “pose”, un sombrero ridículo, un impermeable verde y unos guantes de cochero, tres cosas que le dan un cachet particular, naturalmente.

A mi, “El Duende” me ha resultado un excelente chico, algo pagado de su facies apolínea, que tiene el más halagador concepto de la vida.

—¡Ameno!... ¡Ahí es nada en un escritor la amenidad, cuando tanta columna de periódico parece escrita por espíritus de piedrapomez!

Fernández Arias ejerce de nuevo la abogacía. Y no hay divorcio de tiple que no se le confie. El acepta esas causas porque gusta de lo denotante, de lo escandaloso. ¡Es su debilidad, señores!

VICENTE A. SALAVERRI.

SOLARIEGAS

1

Cuando apenas un rayo de bonanza brilló en el mar de mis desolaciones,

se embarcaron mis blancas ilusiones en el esquife azul de la Esperanza.

Y quedé taciturno y sin consuelo sobre la playa entristecida y sola, mirando de ola en ola

alejarse mi frágil barquichuelo. La sombra descendió pávida y lenta sobre la mar, y en la extensión callada rugió como una fiera encadenada la tormenta.

Al sentirme tan huérfano y doliente, sin luz y sin amparo y sin cariño, amargamente, lastimosamente rompí a llorar... como si fuera un niño.

Lejos vibraba el temporal violento, y a la vez, despiadado y con rudeza, un soplo de fatal presentimiento azotaba el peñón de mi tristeza.

A manera de fúnebre presagio cruzó un rayo las sombras; a manera de un lápiz luminoso que escribiera esta palabra de terror: «Naufragio».

Y pasaban las noches y los días, mientras que yo, nostálgico y obseso, aguardaba el regreso de las viajeras ilusiones mías.

Y después de esperar año tras año, al fin, en una misera barquilla, un viejo marinero: el Desengaño, resueltamente se acercó a la orilla.

Y así, solemne, misterioso y parco, me gritó: «Desgraciado peregrino, no esperes más, prosigue tu camino, porque hace tiempo naufragó tu barco».

¿En qué sueñas? ¿qué ves? ¿a quién esperas? Ya no hay ni un faro que en tu senda irradie, ya no esperes a nadie, porque nadie, nadie habrá de volver a tus riberas.

Y luego, por el árido sendero de mi vida—montaña de aspereza—se internó con presteza aquel cogitabundo marinero.

Y yo, ya ves, con las pupilas llenas de azules lejanías, en pie sobre las móviles arenas aguardo aún a las viajeras mías.

Pero Señor del Cielo y las estrellas y la gracia divina; oye, Señor: si fué verdad que a ellas se las tragó la inmensidad marina,

Pues entonces, Señor, compadecido de la negra orfandad en que me pierdo, sácame d'estas playas del Recuerdo y llévame a las playas del Olvido.

F. Restrepo Gómez.

¡Un amigo menos!

¡El doctor Isaac Arias Argaez ha muerto!

Con él se va una de las más preclaras glorias de la Literatura andina, en la que supo cantar, en sentidas y elocuentes estrofas los laureles de la Patria; los gritos pasionales; los anhelos de su cultivado espíritu y los generosos sentimientos de la amistad sincera y del amor filial y fraternal.

Colombia pierde, con la muerte del doctor Arias, un ciudadano que enorgullecía a su bandera; un digno representante; un corazón que la amaba con el ardor e intensidad del legendario patriota que ganara sus laureles en el campo de batalla; una palabra que se engrandecía al ocuparse del porvenir de aquella y una alma americana en que radicaba el símbolo más puro del verdadero patricio.

La honorable familia del Sr. Arias llora la irreparable pérdida de uno de sus miembros que más la enorgullecían; la del hijo amoroso y la del hermano ejemplar.

Málaga siente hondamente el golpe que

le arrebató su predilecto y adoptivo hijo, al que tan bien supo hermanar y vincular siempre las glorias de su patria a las de España y a las de la Hospitalaria, que amaba con delirio.

Sus amigos perdemos el dechado de todos; el amable compañero que les hacía plácidas las horas con su sentido y elocuente verbo; el corazón leal que gozaba en destilar para aquellos una gota de almibar en el acibar de la vida.

Reciba la hidalga familia del doctor Arias y, en especial, su distinguido hermano don Daniel, nuestro más sentido pésame y lleve a sus angustiados corazones un bálsamo consolador la Paz de Cristo, con que el finado entregó su alma a su Criador y la convicción de que con ella hay muchos que lloramos tan irreparable pérdida.

J. Marco A. Gaona.
(Colombiano)

Cadena de Sonetos ⁽¹⁾

LA FERIA DE SEVILLA

Entre el dulce rumor de la arboleda,
los farolillos a la veneciana,
las brisas de una música lejana
y un derroche de risas y de seda;
el alma-lira adormecida queda
y sueña que una linda sevillana
la envuelve en su mirada de gitana,
la muerde, loca, y la acaricia, leda.

Entre el castañear de los palillos,
las copas rebosando manzanilla
y en unos labios la canción pagana,
bajo una multitud de farolillos,
cruza el Amor la Feria de Sevilla
en los ojos de alguna sevillana...

PAISAJE NOCTURNO

¡Oh, Castillo de Niebla derruido!
—Soledad melancólica, moruna...—
Todo a tu alrededor habla de olvido,
bajo el beso de plata de la Luna...
Tu reina mora, acaso, se ha dormido
en tu gran torreón, oyendo alguna
hazaña de su Príncipe aguerrido
a quien siempre sonríe la Fortuna?...
Espera el alma ver tras las almenas
asomar mil cabezas sarracenas
o escuchar una zambra en tu recinto...
Mas sólo oye la guzla melodiosa
con que arrulla tus sueños, perezosa,
la púrpura lunar de Río Tinto...

SIESTA ANDALUZA

En la paz estival, una cigarra
va derripiendo su canción chirriante;
duerme el cántaro fresco y goteante
en el sopor solar, bajo la parra...
Y el alma duerme... Lloro una guitarra
una copla tan triste y añorante,
que el corazón detiénese un instante,
porque en su centro algo se desgarró...
Se ven, lejanas, relumbrar las hoces
de algunas segadoras... Se oyen voces
vagas, confusas, en la paz bucólica
del cortijo andaluz... Y las esquilas
de un sesteador rebaño, en las pupilas
ponen una tristeza melancólica...

LA "SAETA"

Por el silencio de la calle, muerta
de paz, bajo el azul del firmamento,
cruza la procesión a paso lento,
de jaldes cirios a la luz incierta.
Mientras el Alba en el azul despierta,
como un triste plañir, como un lamento,

una voz embriagada en sentimiento,
canta en el claro-oscuro de una puerta...
"Saeta" que una voz desgarradora
en el misterio de la noche llora,
haces templar mi alma de dolor;
y es tu gemir tan triste y lastimero.
¡que parece que cruje hasta el Madero
donde enclavado expira el Redentor!

Juan González Olmedilla.



El matrimonio

Merced a una abominable ignorancia de los principios científicos más elementales, el matrimonio, lejos de ser hoy un jardín de selección de la especie, es un pantano lleno de miasmas insalubres, bordeado de flores viciosas y envenenadas. Todos los que van al matrimonio se preocupan de sus accidentes frívolos, sin llegar a las cuestiones trascendentales. La mujer averigua si el prometido es rico, si tiene posición social, y a lo sumo, si es honrado y si tiene talento. El hombre busca novia hermosa, rica y aristocrática. No es ya el amor el niño ciego de los antiguos poetas, sino un viejo empedernido y vicioso que se casa, al fin, por conveniencia o por cálculo. Un torpe positivismo, una ignorancia brutal presiden a la mayor parte de los matrimonios. Se unen temperamentos similares, fuerzas paralelas, disposiciones patológicas; la belleza se casa con el dinero, la juventud se junta con la vejez, el hombre envenena las sagradas fuentes de la maternidad con la ponzoña de sus torpes mocedades. Llega la fecha de la generación, y esos temperamentos, esas fuerzas, esas disposiciones, esos desequilibrios, esos gérmenes morbosos, se funden, se exacerban y estallan, sembrando el mundo de epilépticos, tuberculosos, degenerados, carne triste de la patología, galeote del manicomio y del hospital, que nutre con sangre de lágrimas el pesimismo de nuestras sociedades corrompidas...

Ricardo León.



NÁPOLES

I

Cómo resalta, triste y repulsiva
La sordidez de la miseria humana,
Al lado de esta pompa soberana
Con que Naturaleza nos cautiva.

De añil teñido, el firmante arriba,
Y azul el seno de la mar cercana,
Que extiende, con molición de sultana
Su túnica de espumas, fugitiva.

La atmósfera radiante se embalsama
De limoneros con el grato efluvio
Que vida infunde al corazón inerte;

Y allá a lo lejos, con su aírón de llama
Alza su mole el funeral Vesubio,
Centinela avanzado de la Muerte.

II

¡Ah! y esa misma lúgubre amenaza
Que a esta región edénica entumida
Enciende los anhelos de la vida
Que a toda sombra de placer se abraza,

Muelle y voluble, la nativa raza,
Las pasadas catástrofes olvida,
Y canta y goza y a gozar convida
Al resplandor de la funérea honraza.

Entre fuegos y cánticos y flores,

Aquí la vida, en voluptuosa vena
Sin traidoras zozobras se desliza;
Y hierven, como lava, los amores,
Cuando el Titán cobija a la Sirena
Con penitente manto de ceniza.

Antonio Gómez Restrepo.

VARIEDADES

Las ratas lo enriquecieron

Hace poco ha muerto en Nueva York el multimillonario Welles.

Mister Welles acumuló una enorme fortuna con la venta de un producto de su invención, que es la Providencia para los agricultores americanos que ven sus haciendas invadidas por las ratas.

La pócima ratonera no deja un roedor con vida, y tales cantidades vendió su inventor que, según queda dicho, acumuló por los pedidos un fabuloso caudal.

Y es curioso saber la razón que llevó a mister Welle a ocuparse de estudios de Química y a declarar guerra a muerte a las ratas.

Era en su juventud horriblemente pobre, pobre de solemnidad, sin tener un pedazo de pan suyo que llevarse a la boca.

En tal situación se unió a un compañero de miseria, que algo más afortunado, estaba en posesión, de vez en cuando de algún panecillo y de un cochitil para albergarse.

El compañero ofreció generosamente a Welles la mitad de la ración cuando ración hubiese y la cobija de su cochitil.

Una noche, al retirarse al domicilio, Welles encontró la ración de pan que el amigo le había dejado, y, hombre previsor, cenó con la mitad solamente, reservando la otra mitad para el desayuno del siguiente día.

Al despertar por la mañana vió con terrible enfurecimiento que las ratas habían devorado cuatro quintas partes de la provisión durante la noche.

Desde aquel instante juró Welles por todos los dioses consagrar la vida entera al exterminio de los voraces animaluchos.

Welles cumplió su juramento con tal tesón, que ha destruido millones de ratas y reunido millones de dollars en la mortífera empresa.

Algunas curiosidades

Las estadísticas de mortalidad pretenden que los impresores disfrutan, por lo general, de corta vida, debido al polvo que aspiran y el cual les envenenan los pulmones. A esto parece oponerle el hecho de que en la imprenta del Gobierno en Washington hay 250 operarios que pasan de 65 años de edad. La única explicación de este hecho parece encontrarse en el refrán de que entre los empleados del Gobierno «pocos mueren y ninguno renuncia».

Los monjes del famoso monasterio de San Bernardo en los Alpes suizos, tenían la costumbre de recoger a los viajeros extraviados, alimentándolos gratuitamente durante su permanencia en el monasterio. Esta costumbre va a quedar abolida, pues en lo sucesivo todas las personas que reciban albergue en San Bernardo tendrán que pagar una cantidad uniforme, medida que obedece a que durante el año pasado se dió albergue y alimento a más de 25.000 personas, lo que, como es natural, demanda una fuerte suma, que los monjes no pueden coleccionar de sólo donativos voluntarios.

Imp. M. Alvarez: Feduchy, 12: Cádiz

(1) Del libro próximo a publicarse, titulado *Los Sonetos de los veinte años*.